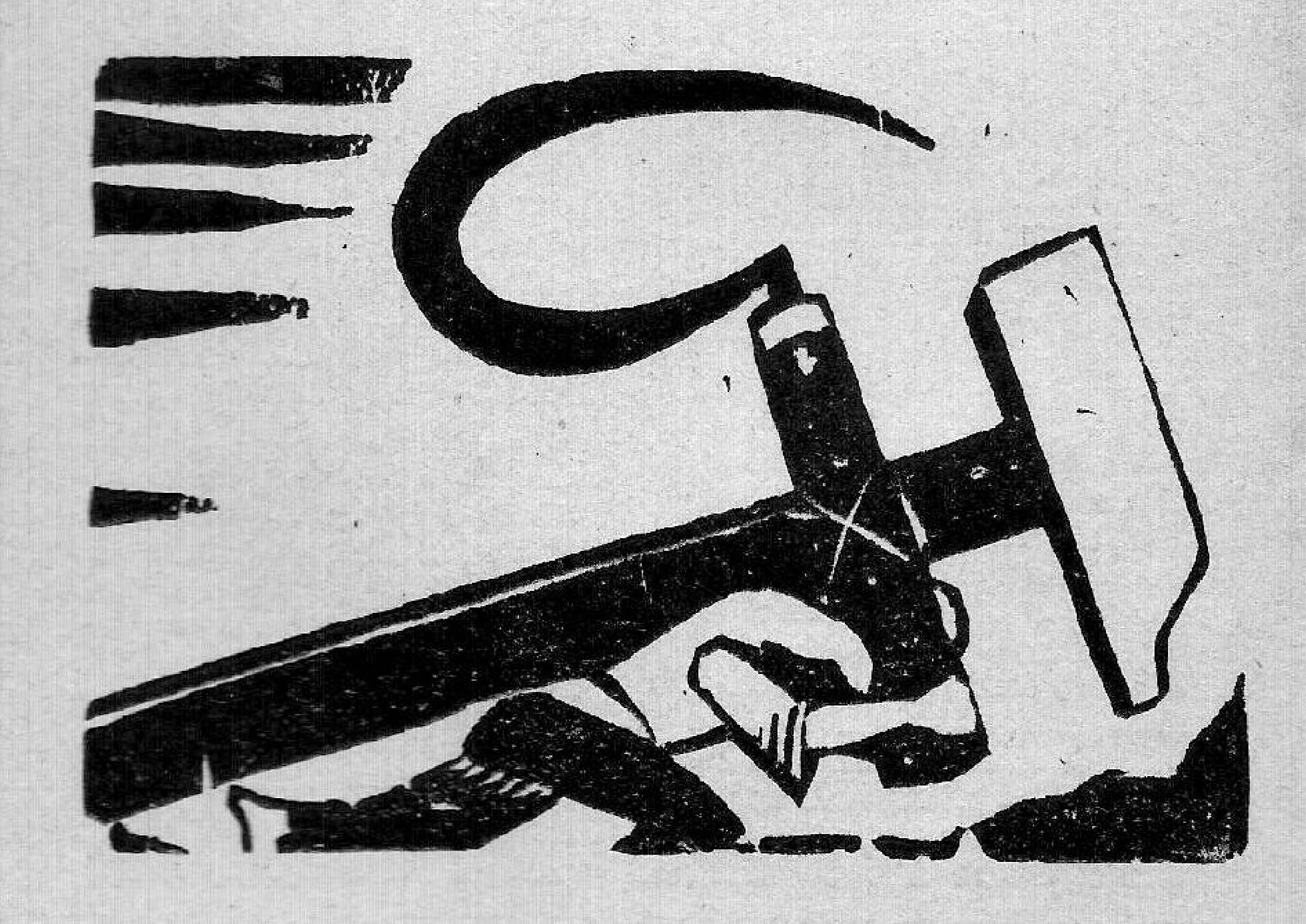
El Mito del PARTIDO



Simbolo de la Esclavitud Moderna

a manera de prólogo

Amigo lector: con íntima satisfacción ponemos a tu alcance y consideración este modesto folleto, fruto del esfuerzo de dos grupos de compañeros, que la revista ácrata "RUTA" de Venezuela reunió y publicó en su Nº 15 en septiembre de 1973, y que Oficios Varios, integrante de la **FORA** en Tucumán lo reedita por considerarlo muy oportuno dado el auge desplegado por el bolcheviquismo en estos últimos tiempos, gracias a la demagogia proporcionada por el peronismo. Quizás sea sin mayor exageración uno de los más serios peligros que acechan a los pueblos que por carecer de este conocimiento se prestan con facilidad a servir de conejillo de experimentación a una organización obcecada en la unidad de la absoluto impartido a través del Estado por la dictadura del partido, ajustando los resortes del Estado a tal punto de convertir a todo país dominado en una extensa cárcel.

La similitud teórica y orgánica de la iglesia cristiana nos lleva a conjugarla en igual medida y posición al bolcheviquismo, el amoralismo en ambos es proverbial "El fin justifica los medios" sobre la

base de este fatídico fundamento la iglesia asoló a la humanidad sometida a su dominio por casi dos mil años, detuvo, contuvo y persiguió con saña enfermiza a todo amago de investigación científica, la simple duda a la palabra divina, bastaba para ser condenado a la hoguera. Los bolcheviques proceden con igual ensañamiento a todo adversario o de dudosa conducta a los designios impartidos por el partido. La evolución científica la aplican con sadismo filosófico; quien duda de la bondad de la dictadura del proletariado está loco, desequilibrado y sometido al lavado del cerebro o conducido finalmente a las cárceles de las estepas de Siberia, donde la muerte es el mejor alivio a los pesares físicos y psíquicos.

No nos lleva el interés de forzar con nuestros argumentos y puntos de vista a una definición tuya, el ejemplo y análisis de los documentos expuestos nos parecen lo suficientemente elocuentes, como para que te ubiques en la verdadera atalaya de la revolución social. Combatir el partidismo, el principio de autoridad como lo hace la FORA y comprender que el Estado en cualquiera de sus formas que adopte será siempre el obstáculo para arribar a una organización social, donde rija el principio del amor y respeto humano, la libertad, la justicia y la solidaridad como el fundamento filosófico de esa sociedad.

Oficios Varios de Tucumán suma su esfuerzo a la tarea permanente de ofrecer de una manera u otra, ejemplos que sirvan de base y orientación a la capacitación y emancipación del hombre de todo vestigio de autoridad y privilegio, con la fromación de esa personalidad será posible detener ese verticalismo obsecuente, que conduce a la esclavitud y la anulación de la personalidad humana, aspiración manifiesta en todas las tendencias políticas y movimientos ideológicos que ambicionan el poder del Estado.

Sociedad de Resistencia Obreros de Oficios Varios

ADHERIDA A LA F. O. R. A.

Stria, Los Ceibos y Parana S. M. de Tucumán

La Comisión Administrativa

El Mito del Partido

La Revolución no es Obra de los Partidos

Las revoluciones de tipo social no son efectuadas por **"partidos"**, grupos o cuadros: acaecen como el resultado de fuerzas históricas y contradicciones que ponen en actividad a amplios sectores de población. Se traducen no sólo —como afirma Trotsky— porque las **"masas"** hallan insoportable la sociedad existente, sino también a consecuencia de la tensión entre lo actual y lo posible, entre **"lo que es"** y **"lo que podía ser"**. La miseria abyecta solamente no produce revoluciones. La mayor parte de las veces ocasiona una desmoralización inútil o, lo que es peor, la lucha privada y personal para sobrevivir.

La Revolución Rusa de 1917 gravita en la conciencia de todos como una pesadilla, porque fue en gran parte la consecuencia de **"insoportables condiciones"** de una desvastadora guerra imperialista. Los sueños en ella contenidos fueron pulverizados por una guerra civil aún más sangrienta, por el hambre y la traición. Lo que emergió de la revolución fue la ruina, no de una **vieja sociedad**, sino de las esperanzas de construir una **nueva.** La Revolución Rusa falló lamentablemente al sustituir el zarismo por el capitalismo de Estado. Los bolcheviques fueron las trágicas víctimas de su ideología y en gran número pagaron con sus vidas durante las purgas de los años treinta. Intentar adquirir una sabiduría total de ese frustrado ensayo revolucionario es ridículo. Lo que podemos aprender de las revoluciones del pasado es lo que todas ellas tienen en común y sus profundas limitaciones, si se comparan con las enormes posibilidades que ahora se abren ante nosotros.

El rasgo más sorprendente de las pasadas revoluciones es que se iniciaron espontáneamente. Tanto si se examinan los prolegómenos de la Revolución Francesa de 1789, como si se estudia la de 1848, la Comuna de París, la revolución rusa de 1905, la caída del zarismo en 1917, la revolución húngara de 1956, o la huelga general francesa de 1968, las fases iniciales son generalmente idénticas: un período de fermentación que se transforma espontáneamente en una insurrección popular. Que ésta triunfe o no depende de su resolución, o de si el Estado puede emplear con eficacia su fuerza armada, es decir, si las tropas pueden ser lanzadas contra el pueblo.

El **"glorioso partido"**, allá donde existe, va casi invariablemente detrás de los acontecimientos. En febrero de 1917 la organización bolchevique de Petrogrado se opuso a la declaración de huelga, precisamente en el momento mismo en que la revolución estaba destinada a expulsar al zar. Afortunadamente, los trabajadores ignoraron la **"dirección"** bolchevique y proclamaron por doquier la huelga. En los acontecimientos que siguieron nadie se vio más sorprendido por la revolución que los partidos **"revolucionarios"**, incluyendo los bolcheviques. Lo recuerda el líder bolchevique Kayurov con estas palabras: **"No hubo en absoluto ninguna directriz del partido... el comité de Petrogrado había sido detenido y el representante del Comité Central, camarada Shliapnikov, era incapaz de dar iniciativa alguna para el siguiente día"**. Lo cual acaso fuera un hecho afortunado: antes de la detención del comité de Petrogrado, la evaluación que éste hacía de la situación y de su rol en ella era tan deplorable, que de seguir los trabajadores sus orientaciones es dudoso que la revolución se hubiera producido cuando lo hizo.

Francia 1968

Idénticas historias podríamos aducir en las revoluciones que precedieron a la de 1917 y en las que siguieron. Citaremos solamente la más reciente: la rebelión estudiantil y la huelga general en Francia

durante mayo-junio de 1968. Existe una clara tendencia a olvidar que cerca de una docena de partidos de tipo bolchevique, **"altamente centralizados"** existía en París en ese momento. Rara vez se menciona que cada uno de estos grupos de **"vanguardia"** despreciaba la rebelión estudiantil del 7 de mayo, cuando las luchas en la calle se iniciaron de veras. Los troskistas de la JCR fueron una notable excepción, si bien se limitaron a dejarse llevar por los acontecimientos, siguiendo en lo sustancial las directrices del **Movimiento 22 de Marzo.** Hasta el 7 de mayo, todos los grupos maoístas criticaron la revuelta estudiantil como algo periférico y sin importancia. Los trotskistas del **FER** lo consideraron como **"aventurista"** y trataron de hacer abandonar las barricadas a los estudiantes el 10 de mayo; el partido comunista, por supuesto, jugó un papel de completa traición. Se hallaba cautivado por el movimiento popular, pese a distar mucho de dirigirle. Es sarcástico que la mayoría de estos grupos bolcheviques se dieran a la tarea de maniobrar sin pudor alguno en las asambleas estudiantiles de la Sorbona, en un esfuerzo por controlarlas, e introdujeron en ellas elementos de discordia que acabaron por desmoralizar a todo el conjunto. Después, para completar el sarcasmo, todos esos grupos bolcheviques se pusieron a charlar acerca de la necesidad de una **"dirección centralizada"** cuando el movimiento colapsó —un movimiento que se produjo muy a pesar de sus directrices y, en ocasiones, en oposición a ellas.

Las revoluciones y rebeliones de alguna importancia, no solamente revelan una fase espléndidamente anárquica sino que tienden también, espontáneamente, a crear sus propias formas de autogobierno revolucionario. Las secciones parisinas de 1793-94 fueron las más notables formas de autogobierno creadas por cualquier revolución social en la historia. Una forma más conocida: los consejos, o **"soviets"** establecidos por los trabajadores de Petrogrado en 1905. Aunque menos democráticos que las secciones, el consejo estaba destinado a reaparecer años más tarde en algunas revoluciones. Sin embargo, otra forma de autogobierno, o autogestión revolucionaria lo fueron los comités de fábrica establecidos por los anarquistas en la Revolución Española de 1936. Finalmente, las secciones reaparecieron en las asambleas de estudiantes y en los comités de acción durante la revuelta y la huelga general de París, en mayo-junio de 1968.

Llegados a este punto debemos preguntar qué rol desempeña el **"partido revolucionario"** en todos estos desarrollos. Para comenzar, hemos visto que tiende a tener una función inhibitoria, en modo alguno de **"vanguardia"**. Allá donde existe o ejerce influencia tiende a refrenar el flujo de los acontecimientos, no a **"coordinar"** las fuerzas revolucionarias. Esto no es casual. El partido está estructurado de acuerdo con **las líneas jerárquicas que refleja la sociedad misma a la que pretende oponerse.** Pese a sus pretensiones teóricas es un organismo burgués, un Estado en miniatura, con un aparato y un cuadro cuya función es tomar el poder, no disolverlo. Afincado en el período pre-revolucionario asimila todas las formas técnicas y mentalidad de la burocracia. Sus miembros están educados en la obediencia, en los conceptos preformados de un dogma rígido, y enseñados a reverenciar el liderismo. Este liderismo o función dirigente del partido, a su vez, se basa en costumbres nacidas del mando, la autoridad, la manipulación y hegemonía. Esta situación empeora cuando el partido participa en elecciones parlamentarias. Debido a las exigencias de las campañas electorales, el partido acaba de modelarse a sí mismo totalmente de acuerdo con las formas existentes e incluso adquiere los atavíos externos del partido electoral. La situación se deteriora aún mucho más cuando el partido adquiere grandes medios de propaganda, costosos cuarteles generales, numerosos periódicos controlados rígidamente por la cúspide, y un **"Aparato"** pagado; en resumen, una burocracia con intereses creados.

La Jerarquia del Mando

A medida que el partido crece, la distancia entre la dirección y los hombres de base se acrecienta fatalmente. Los líderes no solamente se convierten en **"personajes"**, sino que pierden contacto con la situación viva en las filas bajas. Los grupos locales, que conocen su situación de cada momento mucho mejor que cualquier líder remoto, se ven obligados a subordinar su visión directa a las directrices de arriba.

Los dirigentes, que carecen de todo conocimiento directo de los problemas locales responden rutinaria y cautamente. Si bien reclama una mayor amplitud de miras y justifica una mayor "competencia teórica" propia, la competencia del líder tiende a disminuir cuanto más asciende en la jerarquía de mando. Cuando más nos acercamos al nivel donde se toman las decisiones "reales", mejor observamos el carácter conservador del proceso que elabora las decisiones, cuanto más burocráticos y ajenos son los factores que entran en juego, tanto más las consideraciones de prestigio y el atrincheramiento suplantan la creación, la imaginación y la dedicación desinteresada a los objetivos revolucionarios.

El resultado es que el partido se hace menos eficiente desde un punto de vista revolucionario, cuanto más busca la eficiencia en la jerarquía, los cuadros, y la centralización. Aunque todos vayan al paso, las órdenes suelen ser en general equivocadas, sobre todo cuando los acontecimientos empiezan a fluir rápidos y a tomar giros inesperados, lo cual acaece en todas las revoluciones. El partido solamente es eficiente en un sentido: **en el de moldear a la sociedad de acuerdo con su propia imagen jerárquica si la revolución tiene éxito. Crea la burocracia, la centralización y el Estado. Alienta las condiciones sociales que justifican este tipo de sociedad. De aquí que en vez de desaparecer progresivamente, el Estado controlado por el "glorioso partido" preserva las condiciones esenciales que "necesita" la existencia de un Estado, y de un partido para "guardarlo".**

Por otra parte, este tipo de partido es extremadamente vulnerable en períodos de represión. La burguesía no tiene sino que echar mano a la dirección para destruir todo el movimiento. Con los líderes en prisión u ocultos, el partido queda paralizado. Los obedientes adheridos no tienen a quien obedecer y tienden a dispersarse. La desmoralización sobreviene rápidamente. El partido se descompone, no sólo por su atmósfera, sino también por la escasez de recursos internos.

Las anteriores afirmaciones no son meras hipótesis o juicios, sino el resumen histórico de todos los partidos marxistas de masas del siglo pasado —los socialdemócratas, los comunistas, y el partido trotskista de Ceilán, el único partido de masas en su género—. Pretender que estos partidos dejaron de interpretar seriamente los principios marxistas no basta para impedir otra pregunta: ¿Por qué este hecho

se dio por primera vez? El caso es que estos partidos degeneraron po. que estaban estructurados según los modelos burgueses. El germen de la degeneración lo llevaban implícito desde su nacimiento.

El partido bolchevique escapó a esta suerte entre 1904 y 1917 por una razón: fue una organización ilegal durante la mayor parte de los años que condujeron a la revolución. El partido se veía continuamente destruido y reconstruido, de manera que hasta que no tomó el poder no pudo cristalizar en una máquina plenamente centralista, burocrática y jerárquica. Por otra parte, se hallaba minado por las facciones. Esta intensa atmósfera de facción persistió a lo largo de 1917, hasta la guerra civil, aunque la direción del partido era extremadamente conservadora, un rasgo que Lenin tuvo que combatir aquel año, primero para volver a orientar el Comité Central contra el gobierno Provisional (El famoso conflicto sobre la tesis de Abril), y luego para empujar aquel organismo a la insurrección en octubre.

En ambos casos hubo que amenazar con dimitir del Comité Central y llevar sus puntos de vista a **"los niveles más bajos del partido"**.

Disputas entre las Facciones

En 1918 las disputas entre facciones cobraron tal gravedad acerca del tratado de Brest-Litovsk, que el partido bolchevique estuvo a punto de escindirse en dos partidos comunistas irreconcillables. Los grupos de la Oposición Bolchevique, así como los demócratas Centralistas y la Oposición Obrera, riñeron duras luchas dentro del partido bolchevique a lo largo de 1919 y 20, sin hablar de los movimientos de oposición que se desarrollaron en el Ejército Rojo debido a la tendencia de Trotsky hacia la centralización. La completa centralización del Partido Bolchevique —la realización de la **"unidad leninista"**, como sería denominada más tarde— no se efectuó hasta 1921, cuando Lenin consiguió persuadir al décimo congreso del partido de la necesidad de proscribir las facciones. A esta altura, la mayoría de los guardias blancos habían sido aplastados y los intervencionistas habían retirado sus tropas de Rusia.

No nos cansaremos de subrayar que los bolcheviques tendieron a centralizar de tal modo su partido, que cada vez se hallaron más aislados de la clase obrera. Esta relación raramente ha sido investigada en los círculos bolcheviques de los últimos días de Lenin, y éste fue lo suficiente honesto como para reconocerlo. La Revolución Rusa no se limita a la historia del partido bolchevique y sus seguidores. Bajo la marca de acontecimientos oficiales descritos por los historiadores soviéticos hay otros más esenciales, como el movimiento espontáneo de los trabajadores y campesinos revolucionarios, que posteriormente se enfrentarían con violencia a la burocracia policíaca de los bolcheviques. Al caer el zarismo, en febrero de 1917, los trabajadores establecieron espontáneamente comités en casi todas las fábricas de Rusia y manifestaron un creciente interés por intervenir en la marcha de las empresas; en junio de 1917, en la conferencia de los comités de fábrica de toda Rusia, celebrada en Petrogrado, los trabajadores pidieron **"la organización de un estrecho control de trabajo sobre la producción y la distribución"**. Las conclusiones de esta conferencia rara vez son mencionadas en los informes leninistas acerca de la Revolución Rusa, pese a que la propia conferencia se alineó con los bolcheviques. Trotsky, que describe los comités de fábrica como **"la más directa y genuina representación del proletariado de todo el país"**, toca sólo superficialmente el tema en los tres volúmentes de su historia de la revolución. Sin embargo estos organismos espontáneos de autogobierno eran tan importantes que Lenin, desconfiando lograr el control sobre los consejos en aquel verano de 1917, estaba dispuesto a abandonar la consigna **"todo el poder para los soviets"** por el de **"todo el poder para los comités de fábrica"**. Esta posición habría empujado a los bolcheviques hacia una actitud totalmente anarcosindicalista, aunque es dudoso que hubieran podido permanecer en ella mucho tiempo.

Fin del Control Obrero

Al sobrevenir la revolución de octubre, los comités de fábrica se apoderaron de los centros de trabajo, expulsando de ellos a la burguesía y establecieron un control completo sobre el trabajo. Al aceptar

el control obrero, el famoso decreto de Lenin del 14 de noviembre no hacía otra cosa que reconocer un hecho consumado; los bolchequiques no se atrevían a oponerse a los trabajadores en fecha tan temprana, pero empezaron a zapar el poder de los comités de fábrica. En enero de 1918, a los dos meses escasos de **"decretar"** el control obrero, los bolcheviques transfirieron la administración de las fábricas a la burocracia de los sindicatos. La historia de que los bolcheviques experimentaron pacientemente el control obrero hasta que éste demostró su ineficaz y caótico carácter, es un mito. La **"paciencia"** de los bolcheviques sólo duró unas semanas. No se limitaron a poner fin al control directo de los trabajadores unas semanas después del decreto de noviembre, sino que pusieron también fin, a no mucho tardar, al control sindical. Hacia la primavera de 1918 prácticamente toda la industria rusa se hallaba colocada bajo formas burguesas de administración. Lenin afirmó sumariamente que **"la revolución exige... precisamente en interés del socialismo, que las masas deben obedecer ciegamente a la sola voluntad de los dirigentes del proceso del trabajo"**. El control obrero fue denunciado no sólo como **"caótico"** e **"impracticable"**, sino también como **"pequeño-burgués"**.

Osinsky, de la Izquierda Comunista, denunció amargamente todas estas espúreas declaraciones y advirtió al partido: **"El socialismo y la organización socialista debe ser establecido por el proletariado mismo, o no se establecerá en modo alguno: en su lugar se instalará otra cosa: el capitalismo de Estado"**. En nombre de los **"intereses del socialismo"** el partido Bolchevique apartó al proletariado de todo aquello que había conquistado con su esfuerzo e iniciativa. El partido no coordinó la revolución ni la dirigió: simplemente, la dominó. Primero el control sindical, fueron reemplazados por una compleja jerarquía tan monstruosa como cualquier otra de los tiempos prerrevolucionarios. Como demostrarían los años venideros, la profecía de Osinsky se convertiría en amarga realidad.

El problema de quien prevalecería —el partido bolchevique o las masas rusas— no se limitaba en modo alguno a las fábricas. El desenlace se dio tanto en las comarcas rurales como en las ciudades. Una espontánea guerra campesina había hallado respaldo en el movimiento de los trabajadores. Contrariamente a lo afirmado por los informes leninistas oficiales, la rebelión agraria no limitó sus fines a la redis-

tribución de la tierra en lotes privados. En Ucrania, los campesinos influidos por las milicias anarquistas de Nestor Makhno, establecieron una multitud de comunas rurales bajo el lema comunista de: **"De cada uno según sus fuerzas; a cada uno según sus necesidades"**. En otros lugares, en el norte, y en el Asia Soviética algunos millares de estos organismos fueron establecidos en parte bajo la iniciativa de los socialistas revolucionarios, y en gran medida como consecuencia del tradicional impulso colectivista que emergía de la comuna rural, **el mir.** Importa poco si estas comunas eran o no numerosas, **o si** incluían gran número de campesinos. Lo trascendental es que se trataba de auténticos organismos populares, el núcleo de una moral y un espíritu social muy superiores a los deshumanizantes valores de la sociedad burguesa.

Los bolcheviques acogieron con reservas desde el primer momento a estos organismos e incluso en ocasiones los condenaron. Para Lenin, lo preferido, la forma más **"socialista"** de empresa agrícola era la representada por la granja estatal: de modo literal, una fábrica agrícola en la que el Estado poseía la tierra y los equipos de labranza, y designaba gerentes que alquilaban campesinos por un salario base. Aparece en estas actitudes hacia el control obrero y las comunas agrícolas el espíritu y la mentalidad esencialmente **burguesas** que penetraban el partido bolchevique, espíritu y mentalidad que trascendían no solamente de sus teorías, sino de sus métodos característicos organizativos. En diciembre de 1918 Lenin lanzó un ataque contra las comunas bajo el pretexto de que los campesinos eran **"forzados"** a entrar en ellas. En verdad, poca o ninguna coerción fue utilizada para organizar aquellas formas comunistas de autogobierno. Así, Robert G. Wesson, que estudió detalladamente las comunas soviéticas concluye: **"aquellos que entraron en las comunas debieron hacerlo en su gran mayoría por voluntad propia".** Las comunas no fueron suprimidas, pero se limitó su desarrollo, hasta que Stalin las integró en la colectivización forzosa de finales de los años veinte y principios de los treinta.

Hacia 1920 los bolcheviques se habían aislado ellos mismos de la clase obrera y campesina rusa. La eliminación del control obrero, la supresión de la Makhnovina, la represiva atmósfera del país, la infatuada burocracia, la aplastante pobreza material heredada de los

años de la guerra civil, todo ello tomado en su conjunto originó una profunda hostilidad hacia el gobierno bolchevique. Con el fin de las hostilidades un nuevo movimiento surgió de las profundidades de la sociedad rusa reclamando una **"tercera revolución"**, no una restauración del pasado, sino el apremiante deseo de llevar a cabo los objetivos de la libertad, tanto económica como política, que había reunido a las masas alrededor del programa bolchevique de 1917. El nuevo movimiento halló su forma más consciente en el proletariado de Petrogrado y en los marineros de Cronstadt. También halló expresión en el partido: el desarrollo de tendencias anticentralistas y anarcosindicalistas entre los bolcheviques hasta el punto de que un bloque de grupos de oposición, orientados en ese sentido alcanzó 124 votos en una conferencia provincial de Moscú, contra 154 partidarios del Comité Central.

La Revelion de Kronstadt

El 2 de marzo de 1921 los **"marineros rojos"** de Cronstadt se alzaron en abierta rebelión, levantando la bandera de **"La Tercera Revolución de los Trabajadores"**. El programa de Cronstadt reclamaba elecciones libres para los soviets, libertad de expresión, libertad para los anarquistas y los partidos socialistas de Izquierda, sindicatos libres, y liberación de todos los presos pertenecientes a los partidos socialistas.

Las más vergonzosas historias fueron fabricadas por los bolcheviques para explicar esta rebelión, las cuales serían reconocidas en los años posteriores como ignominiosas mentiras. La rebelión fue calificada como una **"conspiración de guardias blancos"**, pese a que la mayoría de los miembros del partido comunista de Cronstadt se unió a los marineros **—precisamente como comunistas—** denunciando a los dirigentes del partido como traidores a la revolución de octubre. Como afirma Robert Vincent Daniels en su estudio sobre los movimientos bolcheviques de oposición: **"los comunistas corrientes eran en verdad tan poco de fiar... que el gobierno no tenía confianza en ellos".**

El principal cuerpo de tropas empleado fueron los chequistas y los oficiales cadetes de las escuelas militares del Ejército Rojo. El asalto final de Kronstadt fue dirigido por el Estado Mayor del Partido Comunista. Un amplio grupo de los delegados asistentes al décimo Congreso del Partido fue enviado precipitadamente desde Moscú con este fin. Tan débil era el régimen internamente que la élite tuvo que hacer este repugnante trabajo.

Aún más significativo que la rebelión de Cronstadt fue el movimiento huelguístico que se desarrolló entre los trabajadores de Petrogrado, un movimiento que desencadenó el levantamiento de los marineros. Las historias leninistas no cuentan este crítico e importante desarrollo. Las primeras huelgas estallaron en la fábrica de Troubotchine el 23 de febrero de 1921. En pocos días el movimiento se propagó de una fábrica a otra hasta que el día 28 de febrero fueron a la huelga los famosos talleres Putilov, **"el crisol de la revolución"**. Los trabajadores expresaron no sólo demandas económicas, sino también claras exigencias políticas, adelantándose a las que reclamarían pocos días después los marinos de Cronstadt. El 24 de febrero los bolcheviques declararon el **"estado de sitio"** en Petrogrado y detuvieron a los líderes obreros, reprimiendo las manifestaciones de éstos con los oficiales cadetes. El hecho es que los bolcheviques hicieron algo más que reprimir un **"motín de marineros"**: aplastaron con la fuerza armada a la propia clase trabajadora. Es en este momento que Lenin reclamó la extirpación de las facciones en el Partido Comunista ruso. La centralización del partido fue ahora completa, y el camino se hallaba preparado para Stalin.

Hemos discutido estos acontecimientos porque conducen a la conclusión que nuestras últimas hornadas de marxistas-leninistas quieren eludir: el Partido Bolchevique alcanzó su grado máximo de centralización en los días de Lenín, **no para llevar a cabo una revolución o para suprimir el movimiento contrarrevolucionario de la Guardia Blanca, sino para llevar a cabo una contrarrevolución propia contra las mismas fuerzas que pretendían representar**. Las facciones fueron prohibidas y se creó un partido monolítico, no para evitar una **"restauración capitalista"** sino para contener el movimiento de las masas obreras hacia la democracia soviética y la libertad social. El Lenin de 1921 se opuso al Lenin de octubre de 1917.

De aquí en adelante Lenin flotó. Este hombre que más que ningún otro trató de basar los problemas de su partido en las contradicciones sociales se halló a sí mismo intentando a última hora parar la burocratización creada por él mismo. Nada hay más patético y trágico que el Lenin de los últimos años. Paralizado por un cuerpo simplista de fórmulas marxistas, no se le ocurrieron mejores contramedidas que las de tipo organizativo. Propone la Inspección de Trabajadores y Campesinos para corregir las deformaciones burocráticas en el partido y en el Estado, y aquella inspección cayó en manos de Stalin que, con pleno derecho, la llevó a su mayor esplendor burocrático. Lenin sugirió después la reducción de la Inspección de Obreros y Campesinos y su absorción en la Comisión de Control. Defendió asimismo la ampliación del Comité Central. Estas son las soluciones: ampliar este organismo, absorber éste en aquél, este tercer organismo se modifica o se cambia por otro. Este extraordinario ballet de formas organizativas continúa creciendo hasta su muerte, como si el problema pudiera ser resuelto por medios organizativos. Como afirma Mosche Lewin un admirador de Lenin: El líder bolchevique **"trataba los problemas de gobierno como un ejecutivo de mente rígidamente "leninista". No aplicaba métodos de análisis social al gobierno y se contentaba con entenderlo simplemente en términos de métodos organizativos o técnicos".**

Los Medios Reemplazan a los Fines

Si es cierto que en las revoluciones burguesas **"la fraseología desplaza al contenido"**, en la revolución bolchevique las formas reemplazan al contenido. Los soviets reemplazaron a los trabajadores y a sus comités de fábrica, el Partido reemplazó a los soviets, el comité central reemplazó al Partido y el Buró político al Comité Central. En resumen, los medios reemplazaron a los fines. Esta increíble sustitución del contenido por las formas es uno de los rasgos más característicos del marxismo-leninismo. En Francia, durante los acontecimientos de mayo-junio de 1968 todas las organizaciones bolcheviques se apres-

taron para destruir la asamblea estudiantil de la Sorbona, para acrecer su influencia y reclutar adeptos. Su principal preocupación no se refería a la revolución o a las auténticas formas sociales creadas por los estudiantes, sino al crecimiento de sus propios partidos. En los Estados Unidos ocurrió otro tanto y una situación análoga se da entre los grupos estudiantiles.

Solamente una fuerza se podía oponer al crecimiento de la burocracia en Rusia: una **fuerza social.** Si el proletariado y campesinado rusos hubieran acertado a desarrollar el campo de la autogestión a través de comités de fábrica, comunas rurales y soviets libres, la historia del país hubiera podido dar un vuelco radical. No hay duda que el fracaso de la revolución socialista en Europa después de la Primera Guerra Mundial llevó a un aislamiento de la revolución en Rusia. La pobreza material de Rusia, junto con la presión del mundo capitalista circundante iba claramente en contra del desarrollo de una sólida sociedad libertaria, realmente socialista. Pero en modo alguno era forzoso que Rusia tuviera que desarrollarse de acuerdo con líneas de capitalismo estatal. Contrariamente a las previsiones de Trotsky y Lenin la revolución fue destruida por fuerzas internas, no por la invasión de los ejércitos extranjeros. Si el Movimiento, surgiendo de abajo hubiera continuado en la línea de los primitivos logros de la revolución, en 1917, una estructura social de facetas diversas pudo haberse desarrollado sobre la base del control obrero de la industria, y una libre economía inspirada por los campesinos, y en el contraste vivo de ideas, programas y grupos políticos. En fin, Rusia no se habría visto aprisionada entre las cadenas del totalitarismo y Stalin no hubiera envenenado el movimiento revolucionario, preparando el camino al fascismo y a la Segunda Guerra Mundial.

El desarrollo del partido bolchevique hacía presumir estas consecuencias dejando de lado las intenciones de Lenin y Trotsky. Al destruir el poder de los comités de fábrica en la industria, al aplastar al movimiento maknovista, a los obreros de Petrogrado, a los marineros de Kronstadt, los bolcheviques garantizaban prácticamente el triunfo de la burocracia rusa sobre la sociedad rusa. El partido centralizado —una institución completamente burguesa— se convirtió en el refugio de la contrarrevolución en sus formas más siniestras. Es decir, la contrarrevolución encubierta implícita en la propia bandera y en la terminología de Marx. Finalmente, lo que los bolcheviques suprimie-

ron en 1921 no era una "**ideología**", o una "**conspiración de los guardias blancos**", sino una lucha elemental del pueblo ruso para libertarse de sus argollas y asumir el control sobre su destino. Para Rusia esto significó la pesadilla de la dictadura de Stalin: para la generación de los años treinta significa el horror del fascismo y la traición de los partidos comunistas en Europa y en los Estados Unidos.

Fin Primera parte

Federación de

Estudiantes Libertarios

El Mito del Partido

segunda parte

Exceso de Partidos Obreros

Es un hecho y un claro desafío a la inteligencia de las gentes: diez o doce partidos de estirpe marxista - leninista o simplemente marxista, se disputan el título de partido de la clase obrera. En realidad, no puede haber diez o doce partidos o partidillos **de la clase obrera**. Es como en religión: no puede haber diversos dioses verdaderos. Tal hecho lo descalifica globalmente y el simple observador del fenómeno concluye muy cuerdamente la falsedad de todos ellos. La pluralidad de partidos que se autoatribuyen el título de **"partidos de la clase obrera"**, no hace sino demostrar por la simple prueba del sentndo común que **no hay ningún partido de la clase obrera.** Esta es para tales grupos la coartada ideológica, pero en realidad, todos los partidos carismáticos desconfían profundamente de la clase obrera. Hay que tener en cuenta que la mayor parte de esos partidos fueron fundados por burgueses, o por individuos que vivían o pensaban como tales, y por tanto, despreciaban a la clase obrera. Lenin y Trotsky, entre otros, reían sarcásticos cuando los anarquistas o consejistas querían confiar la gestión económica y el autogobierno político a las organizaciones naturales de la clase obrera: los sindicatos y consejos. ¿Cómo pueden ser revolucionarios

y obreros los partidos que en nombre de la clase obrera estatifican la economía y marginan radicalmente a las masas obreras de su organización y control y le asignan el mero rol de fuerza del trabajo? Es asombroso considerar cómo los partidos **"revolucionarios"** de la clase obrera, lo primero que hacen al llegar al poder es separar a la clase obrera de la tarea auténticamente revolucionaria. La clase obrera ha de ser dirigida y por tanto la función del dirigente es el atributo primero de esos partidos. Por ello permite afirmar a la crítica libertaria no sólo el carácter burgués de esos grupos, como hacen los compañeros mencionados, sino la concepción radicalmente primitiva de su filosofía política, basada en el autoritarismo. No olvidemos que la autoridad es vieja como el mundo, mientras que el socialismo es una realidad comunitaria basada en la responsabilidad compartida.

De lo dicho se colige el carácter excluyente de todo partido: la lucha por el poder hace que se excluyan unos a otros, puesto que, siendo cada uno de ellos el **"partido"** por antonomasia, sólo a cada uno de ellos corresponde el control de aquél. De ahí la dictadura y el totalitarismo sobre los grupos descartados del poder y sobre la clase trabajadora.

¿No aspiran sin embargo los anarquistas y sindicalistas revolucionarios a sustituir a todos los partidos, a imponer, por tanto una hegemonía **excluyente** de todos los partidos? ¿No se trata, en fin de cuentas, de la sustitución de una hegemonía por otra? —preguntan los epígonos del partido por antonomasia.

No. La superioridad ideológica del anarquismo y del sindicalismo revolucionario es que no aspira al poder, sino a la liquidación del poder tal como lo conciben los demás partidos. Por tanto, no entra en la lucha hegemónica excluyente. El sindicalismo revolucionario, por ejemplo, ofrece a todos la posibilidad de una participación abierta, es en sí mismo esta participación abierta a todos. El sindicalismo revolucinario no pide a los demás que abdiquen ante su poder, sino que contemplen la posibilidad de una reestructuración social de la base comunitaria, al margen del poder tradicional. Este poder es el gran factor excluyente, el que mediatiza y alienta a las masas. Este poder del punto omega, este poder antidemocrático, antirrevolucionario y antisocialista del vértice, debe ser sustituído por el poder de participación generalizada en la base social. Debe partir

de ésta; el poder de decisión y participación debe estar diluido, generalizado, debe ejercerse en todos y cada uno de los sectores de la actividad económica y política. Este poder decisorio de base diluido en la fábrica, en la industria y en la federación de comunas, arranca de la periferia social, donde nacen todos los fenómenos esenciales de la vida comunitaria y se articula hacia arriba en nexos que muy bien pueden ser federativos. Pero el poder reside en la base, que puede revocarlo en cualquier momento. Frente al primitivismo de la filosofía política de **"los partidos de la clase obrera", afincados** todavía en el ancestral principio de autoridad, la responsabilidad compartida en la base. Esta es la filosofía política, clara y directa, que corresponde al fenómeno comunitario del socialismo, el cual se basa en la solidaridad y la mutua correspondencia. El socialismo de dirigentes y dirigidos no es socialismo, sino autoritarismo y empieza por la discriminación política y termina en el nacimiento de nuevas clases privilegiadas, como muestra la experiencia. Por tanto, insistimos: no ofrecen los anarquistas y sindicalista revolucionarios a nadie su propio poder, ni menos aún, piden a los demás que abdiquen ante él. Ofrecen a todos, en cambio, un quehacer comunitario en la base de la sociedad, en un plano de igualdad radical en cuanto a derechos de participación y decisión. ¿Por qué el airado rechazo de este ofrecimiento por parte de los poderes carismáticos? ¿Por qué el ataque sañudo, contra el anarquismo de todas las élites, tanto las clásicamente burguesas, como las que se consideran revolucionarias. La cosa está clara. El anarquismo es algo insólito que amenaza en la raíz a toda noción autoritaria. Al defender la democracia sin mistificación, es decir, la ejercida directamente por el pueblo a través de sus organismos de participación, hace aparecer superfluas a esas mismas élites dirigentes y subraya su carácter primitivo y contrarrevolucionario. La democracia socialista de participación hace innecesario el Estalo y, por ende, a todas las minorías profesionales del poder político, es decir del Estado. Todo lo ancestral, que tiene sus raíces más profundas en la alienación autoritaria se revuelve airado contra el intento democrático de despojarlo de sus

prerrogativas. Entonces surgen los epítetos de utopismo, infantilismo, pequeño burguesismo, etc. Y las campañas denigratorias, con todos los medios disponibles, contra la única concepción posible del socialismo: la anárquica o libertaria. El ejemplo señalado por los amigos de "**Anarchos**" sobre los acontecimientos del mayo-junio francés de 1968 resulta bien claro y no sólo en cuanto al trabajo de zapa de las actividades decisorias de base, en favor de las capillas minúsculas. Bajo la masa de los hechos revolucionarios, los poderes desbordados por la riada de la iniciativa y la imaginación se dieron la mano: Gaullismo - P. C. francés, es decir, dos prototipos del principio de autoridad. El del gaullismo dentro de la burguesía (**gran** burguesía) tradicional, y el del P. C. dentro del campo llamado socialismo.

Autoridad y Estado

Ya hemos visto que, asombrosamente, los "**partidos de la clase obrera** no cuentan con ésta como agente activo en la creación del socialismo, sino con lo que llaman el nuevo Estado, el cual, como veremos con Engels, nada tiene de nuevo. En el nuevo orden socialista, éste es el agente mágico de la construcción socialista, y ahora ya, desde su instauración, las masas obreras deben entregarle su albedrío y esperar a que el nuevo Estado obre sus maravillas. Obvio es decir que a partir de este momento la divergencia entre Estado-clase obrera ya no cesa de crecer. Pero entonces veamos: ¿Posee el Estado en general, igual da que se llame socialista o burgués, un auténtico carisma, algún poder especial, una eficacia maravillosa

que sólo posee en cuanto Estado, alguna fuerza salvadora, exterior a la sociedad, ante la cual ésta ha de abdicar y reconocer su inferioridad?

y los recursos que en su poder nos parecen maravillosos pertenecen a la sociedad; recursos económicos, técnicos y humanos: es decir, fábricas, talleres, campos, materias primas, cuadros directivos, planificadores, ingenieros, economistas, funcionarios, administradores, juristas. Inclusive, los elementos de represión, Todo eso está en la sociedad y el Estado lo usurpa. La abdicación de la soberanía social hace posible tal usurpación. De manera que el Estado no es nada sin la sociedad. El Estado no tiene nada, no da nada, sólo utiliza lo que la sociedad le permite utilizar en su nombre y, no pocas veces, contra su voluntad.

Lo que se propone el anarquismo y el Sindicalismo Revolucionario es una reivindicación histórica de la sociedad. Pretende restituir a ésta todos los recursos que le son usurpados. Efectuada esta restitución, la sociedad aprenderá su autogobierno y el Estado, ente ficticio, no tendrá razón de ser. Los enormes recursos que el Estado utiliza, tomados de la sociedad y que le permiten llevar a cabo realizaciones que sirven de admiración a los papanatas, serán empleados ahora por la sociedad en su conjunto. Los sindicatos y federaciones industriales, las cooperativas de consumo, los consejos técnicos y administrativos absorberán los enormes recursos utilizados anteriormente con criterio escasamente racional por departamentos y ministerios, o por el capitalismo privado. La población trabajadora dirigirá el proceso de la producción y de la planificación económica a partir de la fábrica y aquel proceso se desarrollará en los sindicatos locales de industria y en las federaciones industriales a los niveles locales, regionales y nacionales, o inernacional si fuese necesario. La población trabajadora estaría normalmente constituida por los elementos que constituyen la base de la poducción en todos los sistemas económicos: cuadros calificados, técnicos de todas las categorías, obreros de diversa calificación, administrativos.

Revolución y Reestructuración Social

Es cierto, como dicen los amigos de Federación de Estudiantes Libertarios, respecto a que las revoluciones de tipo social **"no son efectuadas por partidos"**, grupos o cuadros; sino por amplios sectores de población. Los acontecimientos de mayo-junio francés de 1968 nos demuestra que el ciclo de las grandes revoluciones transformadoras no se han cerrado definitivamente y que otras eclosiones como las de mayo-junio, pero más decisivas pueden ocurrir, siempre que se den las condiciones necesarias. Entonces, la espontaniedad del movimiento y de las masas que en el intervienen es un hecho probado. La Huelga general, o la Huelga de masas, no es el único hecho del proceso, que por tal, es de por sí complejo, pero sí el más espectacular y decisivo. La huelga general tiene su fundamento en los sindicatos, que tienen la facultad de paralizar la vida económica, para ponerla de nuevo en marcha y proceder a la reestructuración social. La huelga general era la vieja táctica del sindicalismo revolucionario, criticada desde todos los ángulos por los exégetas del marxismo. Ultimamente parece haber sido adoptada en un sentido amplio por diversos partidos marxistas comunistas, entre ellos el P. C. E. Las enseñanzas de mayo-junio de 1968, pese a la traición del P. C. francés, parece que demostró a sus congéneres españoles la viabilidad de la huelga general para el tránsito revolucionario.

Rosa Luxemburgo y la Huelga General

Los acontecimientos que en Rusia se producen desde 1896 a 1906 en el plano de las luchas sociales y reivindicativas, influyeron en la óptica con que Rosa Luxemburgo contemplaba la famosa doc-

trina de la huelga general en su obra "**Huelga de masas, partido y sindicatos**". Extraño enfoque, el citado, que empieza por una reivindicación abierta de las huelgas de masas y también de la huelga general, previamente maltratada por los padres del materialismo dialéctico, pero desencadena un ataque lleno de furor contra los creadores de aquella táctica, anarquistas y sindicalistas revolucionarios. Aquí sigue, la entrañable Rosa, libertaria contra su voluntad en sus intuiciones más profundas, pero deformada su óptica por la mentalidad marxista, el método de Engels en el ataque panfletario a los bakuninistas en el estudio sobre la revolución de 1873 en España Engels achacó a aquellos la paternidad de tal revolución, pero hoy todo el mundo sabe cuál fue el rol de los internacionalistas españoles. Engels se rebajó al nivel más indigno libelista y demostró cómo con la más ferviente pasión se puede pretender hacer obra científica, lo cual es imposible. Nuestra buena Rosa califica a los anarquistas de nidos de ladrones y rateros, canalla contrarrevolucionaria y señala que desempeñaron un papel nulo en las tareas revolucionarias. Mas poco a poco, Rosa Luxemburgo nos va dando las razones de esta saña asombrosa: Ha comprendido que los fenómenos revolucionarios de 1905 y 1917 fueron, como todas las grandes revoluciones, espléndidamente libertarios en sus prolegómenos, como de manera lúcida hacen ver los amigos de la Federaciones de Estudiantes libertarios. Y el febrero revolucionario fue fundamentalmente obra de los trabajadores, y se inició con la huelga general en Petrogrado, **cuando el partido bolchevique** consideraba inmaduro al país para la revolución. Previamente, como hemos dicho, el análisis de Rosa Luxemburgo sobre la agitación obrera alrededor de 1905-6, es un canto a la espontaniedad e imaginación creadora de las masas. Trata de hacernos ver que el partido socialdemocrático estuvo presente en estas luchas. Y lo estuvo, efectivamente: pero en medio de ellas, arrastrado por ellas, desarbolado en la mayoría de las acciones decisivas. El canto de Rosa a la acción concreta, variada, multiforme (anárquica) de las masas nos recuerda el espontaneísmo del anarquismo joven en los acontecimientos france-

ses de 1968, sobre todo cuando la opone a la reflexión esclerotizadora de la burocrácia sindical y socialdemocrática alemana, que pretendía prever, canalizar y controlar estadísticamente los movimientos huelguísticos del proletariado. Tiene Rosa frases cáusticas para esos funcionarios del movimiento obrero alemán. Sin embargo, Rosa Luxemburgo, llevada por el fin último de su análisis, exalta en un pasaje las gloriosas realizaciones del socialdemocratismo alemán y lo contrapone a un anarquismo utópico, ahistórico diluído en el tiempo. Ese socialdemocratismo acabará provocando su muerte, y la de su compañero en el espartaquismo, Liebneckt.

Pero necesita Rosa Luxemburgo desligar esas realidades históricas de sus valores tradicionales: en virtud de una asombrosa dialéctica de la historia cree que: **"hoy el anarquismo, el cual estaba indisolublemente unida la idea de la huelga de masas, ha entrado en contradición con la idea de la huelga de masas misma."** Esta huelga de masas a revisar por el marxismo, debe ser ahora interpretada por éste **"que hará posible la victoria bajo una forma nueva."** Independientemente de que algunas organizaciones anarquistas rusas no estuvieran a la altura de las circunstancias históricas, sobre todo por sus tendencias al aislacionismo e individualismo (**no en todos los casos, como demuestran Kronstadt y el movimiento Maknovista**), sospechamos que Rosa Luxemburgo necesita motejar a los anarquistas de ladrones y vulgares rateros para que, **"por la dialéctica de la historia"**, el concepto de la huelga general —huelga de masas— pase, no menos dialécticamente, del anarquismo al marxismo. ¡Cuánta pasión, cuánto subjetivismo, cuánta negación de la ciencia verdadera!

Pero aún hay más: el concepto anarquista **más bien sindicalista revolucionario** de la huelga general es, según Rosa Luxemburgo, utópico antihistórico, verbalista, abstracto. Se desarrolla en las regiones etéreas y en el ámbito de las razones verbales y los planteamientos teóricos. Pero no, Rosa, la huelga general no ha sido inventada por doctrinarios, sino por militantes obreros, con los pies

en la tierra, en los talleres, en los sindicatos. **(Por si vale de algo, diremos que siempre que tuvieron que defender sus intereses, los trabajadores, en todos los tiempos, empezaron por crear una sociedad de resistencia y luego sindicatos, pero jamás un partido político. Éstos surgieron después, siguiendo la ideología burguesa, para aprovechar cuanto pudieran de la fuerza obrera).** Por lo tanto, con los pies bien sentados en las realidades socio-económicas, y también en las superestructurales de la política, concibieron los sindicalistas revolucionarios el alma de la huelga general. He aquí como la concibe Griffuelhes, un clásico del sindicalismo revolucionario:

> **"La acción directa (de la que se ha tenido la complacencia de dar una definición mendaz) quiere decir acción de los obreros mismos, es decir, acción directamente ejercida por los interesados. Es el trabajador el que realiza por sí mismo su esfuerzo. Lo ejerce personalmente sobre las potencias que lo dominan para obtener de ellas ventajas reclamadas. Por la acción directa el obrero crea él mismo su lucha, es él el que la conduce, decidido a no dejar a otros sino a él mismo la tarea de emanciparle. La lucha debe ser de todos los días. Su ejercicio pertenece a los interesados. Hay por consiguiente a nuestros ojos, una práctica cotidiana que va creciendo cada día hasta el momento en que, llegado a cierto grado de poder superior, se transforma en una conflagración que nosotros llamamos huelga general y que será la revolución social."**

Por tanto, un proceso cada vez más complejo dentro de la cotidianeidad de la lucha diaria. Nada de azules regiones celestiales.

Rosa Luxemburgo ataca lo que considera esquematismo abstracto de los anarquistas.

Pero la idea de huelga general era perfectamente sostenible por el análisis y el trabajo de la razón, y así es, puesto que se confirmó en diversas ocasiones por la praxis. El concepto ideológico de la huelga general en nada menoscaba su posibilidad de realización. Pese a la imputación de utopismo que se lanza sobre los socialistas de todas

las escuelas y, sobre todo, de los libertarios, sabemos que desde el punto de vista objetivo, el socialismo en libertad es posible. Solamente que, como dice Marcuse, hay los obstáculos normales que opone la sociedad resistente. Nosotros creemos en la espontaneidad de las masas y en el enorme potencial creativo que en circunstancias excepcionales se desprende de esa espontaneidad. Por eso lo defendemos frente a la acción restrictiva, excluyente, limitadora de las **"elites dirigentes"** constitutivamente limitadas ellas mismas. Si, entre otras muchas razones, tendemos a la destrucción del capitalismo, es porque es el sistema del despilfarro de las energías económicas. Por las mismas razones nos oponemos a la acción restrictiva de las élites: porque amputan traumáticamente tesoros de energías creadoras: el poder de los dirigentes crece en razón a la pauperización mental de la sociedad. Pero no perdamos el hilo del análisis: los esquemas estudiados por el sindicalismo revolucionario no esterilizaban ni negaban la acción. Las ideas-fuerza de la clase obrera rusa durante la revolución no se orientaron a la creación del Estado o a la instauración de un partido dirigente, sino a la creación de los soviets o consejos. Eso sucedió en 1905 y en 1917. Soviets de fábricas y soviets locales.

Cierto que las carencias del anarquismo organizado fueron notorias, sobre todo en ciertos enclaves fundamentales, como puso de manifiesto el propio Voline (**La revolución desconocida**). Sin embargo las primeras manifestaciones del proletariado revolucionario fueron anárquicas y no bolcheviques. Procedieron, siguiendo una especie de orden o instinto natural, no a la creación de instituciones dictatoriales o coercitivas, sino a la organización del trabajo desde la fábrica. La primera organización revolucionaria del proletariado de Petrogrado fue la organización de los comités, **consejos de fábrica**. La revolución rusa puso de manifiesto la endeblez del sindicalismo autóctono. Es curioso, la acción revolucionaria de base, centrada en los consejos de fábrica, fue combatida por los sindicatos que cayeron en poder de los bolcheviques: En Rusia la inexistencia de un sindicalismo revolucionario dejó aislado a los comités de fábrica, cuyo control fue absorbido primeramente por los sindicatos y luego por el poder bolchevique. La solución que reclamaba el matiz libertario

de la revolución rusa era la de control de toda la economía por los sindicatos y la instauración del soviets local, oponiéndose a la tentativa de centralizar **(entiéndase monopolizar el poder)** por parte de ningún partido. La visión de conjunto de las realidades económicas y de las realidades políticas pudo haberse asegurado por el nexo del federalismo, a todos los niveles, en todos los planos. En España, donde el anarcosindicalismo era fuerte, los sindicatos de la zona republicana socializaron en 1936 la industria, y crearon más de dos mil colectividades campesinas, lanzando el primer movimiento autogestionario de la historia. En los primeros meses de la guerra civil el Estado Republicano no existió, y el pueblo y los sindicatos crearon los organismos revolucionarios que reclamaba la situación. El curso de una guerra larga y compleja mediatizó en gran parte los primitivos logros revolucionarios, sin llegar a anularlos por completo.

La experiencia ha demostrado que revolución y gobierno político, o Estado, son incompatibles pero Engels, que ya en el Manifiesto Comunista, redactado juntamente con Marx, preveía el decrecimiento paulatino del Estado, arremete contra la pretensión de los anarquistas de suprimir el Estado al advenimiento de la revolución social.

"...¿Pero qué se habrán creído estos señores anarquistas? ¿Habrán visto alguna vez en su vida lo que es una revolución? La revolución es sin duda alguna el acto autoritario por excelencia; es aquella acción mediante la cual una parte de la población impone a otra su voluntad, valiéndose del rifle, de la bayoneta y del cañón. Y si el partido victorioso no quiere luchar en vano debe mantener su imperio por medio del terror que sus métodos producen en los reaccionarios".

(Almanacco Repubblicano, 1873)

El científico de **Antidühring, Origen de la Familia y del Estado, etc.**, parece perder el equilibrio cuando se refiere a esa insólita especie, los anarquistas. Sus **"importantes"** revelaciones de lo que es una revolución, son puras nociones teóricas, por supuesto, pues

el buen burgués, que fue propietario de hilaturas en Manchester, jamás pisó una barricada.

Esta doctoral aclaración de Engels roza la epidermis del problema, sin penetrar en él. Lo que se discute no es el carácter de una revolución ni la violencia autoritaria que despliega, sino el que ésta pueda institucionalizarse en el Estado y malograr la revolución. En la última frase de este texto de Engels aparece el argumento clásico que se aduce en favor de la persistencia provisional del Estado. Sería éste el guardián de la Revolución y el encargado de prolongar la batalla revolucionaria contra las clases vencidas. Más esto no es otra cosa que una pobre coartada: Desprovistos de todo poder económico y político por la revolución, que ha constituido nuevos organismos de administración, las clases tradicionales presentes se disuelven y dispersan y quedan reducidas a un muestrario extensísimo de destinos individuales que tienen que ganarse por sí solos una posibilidad de subsistencia en la nueva situación revolucionaria. O se adaptan o perecen. La conjura de los generales blancos no nació en Rusia, sino fuera del país, en los círculos de la emigración (**De cualquier modo, una revolución, aún sin esa "fuerza" providente que es el Estado, siempre hallará medios de levantar defensas contra las conspiraciones exteriores, si existiesen**).

No, no es esto. Engels y los marxistas de toda laya enmascaran la realidad con el mito de la defensa revolucionaria. En verdad, **no puede haber decrecimiento espontáneo del Estado,** sobre todo si éste se impone como algo superior y externo a la sociedad. Desde la altura de su visión científica del mundo, ¿Engels ha olvidado una vieja máxima filosófica, abrumadoramente confirmada: **"Todo lo que es tiende a ser"**. El Estado, institucionalización de la autoridad, tiende normalmente a afianzar esa autoridad y, como dicen los compañeros de **El mito del Partido,** a crear las condiciones de su supervivencia. Con altanera expresión de Engels podríamos decir: **"señores marxistas, ¿tienen ustedes una sola prueba, siquiera modesta, en contra de la abrumadora verdad de este aserto?".**

Pero ahora hay una segunda parte en el razonamiento de Engels en favor del Estado, que es conveniente examinar: **"los anarquistas declaran —afirma Engels— que la organización proletaria**

debe comenzar con la abolición de la organización política del Estado. Pero la única organización que encuentra disponible el proletariado después de su victoria es el Estado. Ese Estado habrá de experimentar considerables transformaciones antes de hallarse en condiciones de poder realizar sus nuevas funciones, pero su destrucción inmediata significaría la destrucción de la única organización mediante la cual el proletariado victorioso puede ejercer el poder recién conquistado para someter a sus enemigos capitalistas y para llevar adelante esa revolución económica de la sociedad sin la cual la victoria concluiría necesariamente en una nueva derrota".

He aquí un texto sabio, es decir, de los señalados por los exégetas marxistas como magistrales. En esos textos las razones científicas de los grandes del marxismo, siempre dan el tirón de orejas a esos atrevidos galopines anarquistas. En realidad, este texto de Engels es asombroso; es decir, al hacer **su revolución**, el proletariado sólo encuentra disponible el Estado, el Estado tomado de la praxis burguesa, el Estado más rudimentario de las monarquías absolutas y, antes aún, los toscos Estados teocráticos. Mucho antes aún, el embrión de Estado contenido en los poderes religiosos y políticos de los jefes de clan o de tribu. De modo, señores marxistas, que la clase obrera revolucionaria, la clase mítica dotada de todos los poderes taumatúrgicos del cambio, el motor de la revolución y factotum de la sociedad reconciliada; esa clase obrera en que se quintaesencia todo el ineluctable proceso dialéctico de la historia, la gran constructora del socialismo y de la sociedad sin Estado y sin clases, la clase sabia y predestinada **no tiene** en la filosofía marxista **un esquema propio de recambio,** carece de formulaciones propias, no ha tenido tiempo de madurar programas de reestructuración ni cuenta con organismos revolucionarios creados por ella. Para empezar a construir **tiene que tomar el Estado burgués, que ahora estará dirigido por hombres del partido obrero,** los cuales en su mayor parte procederán de la burguesía. Pero aún hay más: nos dice Engels **"magistralmente"** que ese Estado aun habrá de experimentar considerables transformaciones antes de hallarse en condiciones de poder realizar sus nuevas funciones. Es decir, que aun tendrá que ser parcheado, enjalbeado, reforzado **(con funcionarios del antiguo régimen, técnicos calificados, militares de alta graduación del régimen**

asuntos económicos, sino que se extendería a la administración de la cosa pública, es decir, la gestión y organización de los municipios o comunas, hábito natural del hombre, y asiento de su vida política, entiéndase, de su sistema de relaciones humanas, tanto como de su actividad económica. De manera que, comprendiendo la vida humana dos grupos de actividades esenciales, estrechamente relacionadas entre sí, las productivo-económicas por un lado, y las de relación político social por otro, la reestructuración en sentido socialista deberá comprender estos dos grandes grupos de actividad humana. La primera, por medio del federalismo industrial y agrario, como hemos esbozado en las líneas que anteceden. La segunda, tendría de base la comuna autónoma y dispondría, asimismo, de nexos de relación a todos los niveles geográficos: la comuna, la federación regional o comarcal de comunas, la federación nacional de comunas y la Federación internacional, si hubiere lugar. La comuna organizaría la vida ciudadana: transportes públicos, centros de distribución, educación y sanidad, urbanismo y vivienda, arte y cultura. La comuna estaría representada, en los diversos niveles reseñados, en los consejos de economía y supondría la representación del factor humano integral, y el punto de vista estadístico del ciudadano consumidor, fin último de todo el proceso económico. De modo que, en última instancia, los procesos económicos podrían ser controlados de dos modo por el ciudadano: desde el propio seno de las federaciones industriales, en tanto que productor y elemento decisorio en los congresos de las industrias respectivas (**órgano supremo de planificación y control**); y desde el seno de los municipios o comunas, en tanto que sujeto soberano, atento a todos los procesos que le tendrían como punto de referencia en la nueva vida reconciliada.

Grupo OROBON FERNANDEZ

en cualquier lugar de España

En la "patria" del proletariado a raíz de la censura y la represión a las ideas ajenas a la dirección impartidas por el partido: circula en voz muy baja, un credo "NO PIENSES, y SI PIENSAS, NO HABLES, SI HABLAS, NO ESCRIBAS, SI ESCRIBES, NO PUBLIQUES, SI PUBLICAS ALGO, DENUNCIA LO QUE HAS ESCRITO Y CONFIESA TUS ERRORES.



Ediciones F.O.R.A.

Sdad. de Resistencia Oficios Varios



En las fuentes del Trabajo Libre, útil y necesario, está el FUTURO de la HUMANIDAD

Contribución para proseguir la obra emancipadora. $ 2.50